

Apuntes para recordar a un digno rival del tiempo

DAVID GUTIÉRREZ FUENTES

Otto-Raúl González fue colaborador de El Búho y de la revista. Era muy simpático, buen amigo, dueño de un gran corazón y de una figura espi- gada y correosa resistente al desgaste. Aunque el tiempo siem- pre gana las partidas, hay rivales que resisten y el maestro Otto-Raúl fue un digno competidor de Cronos, que siempre juega con las cartas marcadas. Cuando me enteré de su muer- te a pocos días de acaecida, escribí estas notas que ahora com- parto con ustedes, después de una revisión menos exaltada.

Otto-Raúl González fue un poeta guatemalteco avencinado en nuestra patria desde hace más de medio siglo. Como los escritores de aquel país ya fallecidos: Carlos Illescas, Augusto Monterroso, y otro que ha sido menos estudiado, Raúl Leyva (fundadores en Guatemala de la revista Acento), Otto-Raúl recurrió al exilio a consecuencia de los conflictos políticos causados por las dictaduras militares que asolaron Guatemala durante varias décadas, cometiendo una serie de crímenes indescriptibles que en más de un caso alcanzaron el delezna- ble grado de genocidio.

No incluyo en este grupo de intelectuales guatemaltecos en el exilio a Luis Cardoza y Aragón porque pertenecía a una generación mayor.

Delgado, dueño de una nariz prominente que denotaba agudeza y que el tiempo se encargó de esculpir apropiada- mente (hoy nos dicen los científicos que la nariz es un cartíla- go que no detiene su crecimiento), Otto-Raúl fue siempre un poeta cálido, amable en el trato y pródigo en su ambiente natural: las letras.

Otto-Raúl fue la antítesis de su contemporáneo Monterroso en dos aspectos: el carácter y la producción litera- ria. El autor de La oveja negra y demás fábulas era tímido, poco dado a socializar y exageradamente cuidadoso con el material que mandaba a imprimir. Su obsesión por la brevedad es de todos conocida. Otto-Raúl era el polo opuesto: tenía un carác- ter alegre, le encantaba convivir con sus amigos que abarca- ban todas las edades. Dejó un amplísimo legado literario que prácticamente abarcó todos los géneros incluida la novela. Inventó colores que describió magistralmente en un hermoso tratado de luz que se volvió célebre: Diez colores nuevos. Tuvo alguna celebridad mediática cuando formó parte del equipo de Jorge Saldaña en el programa Sopa de letras con la lectura de sus palindromas, que construía con precisión y encanto.

A diferencia de Illescas, que era un erudito, un poeta correcto y poco afable en el trato, Otto-Raúl fue un escritor que no le tuvo miedo a la pasión ni a incorporar el humor en los papeles que firmaba:

“Agapito Pito era un rimador nato y recalcitrante. Un buen día, viajó a un extraño país donde toda rima, aunque fuese asonante, era castigada con la pena de muerte.

“Pito empezó a rimar a diestra y siniestra sin darse cuen- ta del peligro que corría su vida. Veinticuatro horas después, fue encarcelado y condenado a la pena máxima.

“Considerando su condición de extranjero, las altas auto- ridades dictaminaron que podría salvar el pellejo sólo si pedía perdón públicamente ante el ídolo antirrimático que se alzaba en la plaza central de la ciudad.

“El día señalado, el empedernido rimador fue conducido a la plaza y, ante la expectación de la multitud, el juez del supremo tribunal le preguntó:

“-¿Pides perdón al ídolo?

“-¡Pidolo!

“Agapito Pito fue linchado ipso facto”. (“La muerte de un rimador”, del libro *Sea breve*, editorial Práxis. México, D.F. 2004).

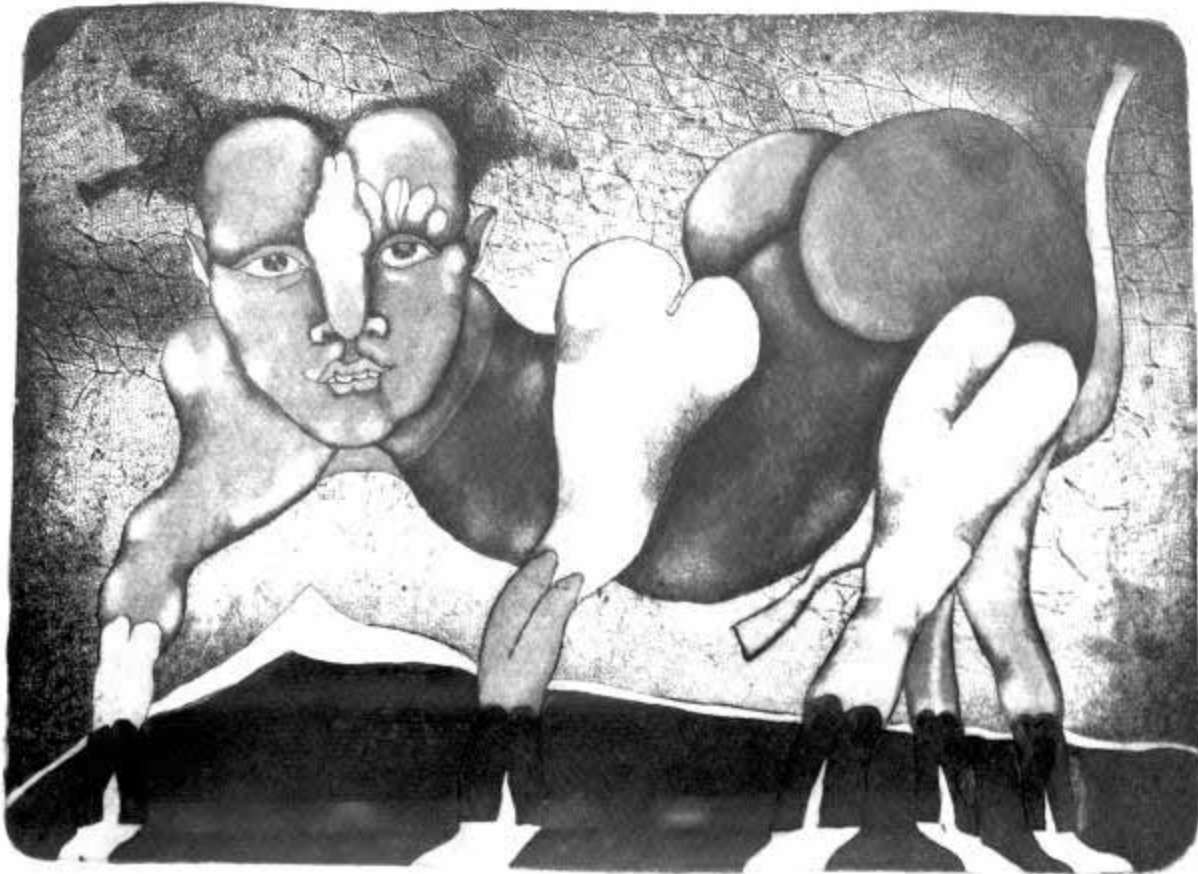
Otto-Raúl falleció a los ochenta y seis años. Nació un primero de enero. Cada vez que llegaba esta fecha celebraba jubilosamente la vuelta de tuerca que le propinaba al calendario. Siempre lo vi sonriente o pensativo. Era una extraña hierba buena que parecía que nunca iba a morir. Pero hace unos días me enteré del deceso de este querido maestro a quien veía con frecuencia en las presentaciones de libros de amigos mutuos, a quien me topaba en una buena cantidad de fiestas, particularmente las de El Búho y con quien hasta hace muy poco compartí tragos, el prefería el tequila, en cantinas como El Amaranto.

También del libro de Práxis, recupero estas líneas de Otto para recordarlo con cariño: “Por supuesto que estuve en el velorio de mi compadre Aquitano Pasalagua y que lo acompa-

ñé a su entierro. Y cómo no, si habíamos sido amigos de toda la vida y, además, compañeros de trabajo y hasta compadres. Se estrechó más nuestra amistad cuando dimos en detenernos en la cantina Tutenkamen, los días de pago. Cada quincena, al acercarnos al antro con nombre trastocado de faraón egipcio, Tano me decía: ‘una y nos vamos’. Pero nunca nos tomamos sólo una. Las copas se sucedían, una tras otra, mientras nosotros ‘arreglábamos el mundo’. Por eso, cuando amigos y deudos me preguntaron si quería verlo por última vez a través del cristal de su ataúd, me negué rotundamente. ‘No, es imposible, no puedo hacer eso’, respondí, poniendo cara de circunstancia. Y para mis adentros, pensé: ¡qué tal si me dice: ‘una y nos vamos!’”

A los hijos de Otto-Raúl, a su linda esposa Haydée que compartió cincuenta y seis años de su vida, a Otto chico, quiero decirles que conservo imborrables recuerdos del maestro. ■

dgfuentes@hotmail.com



Alfredo Cardona Chacón